

CAPÍTULO 1

Landon

DUBÁI

El sitio en el que me encontraba era algo irreal, un pedacito de invierno dentro de un verano eterno. Caían las luces desde lo alto, lo cual hacía resplandecer la nieve artificial dentro del Ski Dubái y me provocaba una punzada de nostalgia al pensar en los cielos claros y cristalinos que se extendían sobre las Montañas Rocosas de Colorado. Aspen iniciaría su temporada más cerca de fin de mes, pero nosotros estábamos al otro lado del mundo, en el Medio Oriente, y ni siquiera teníamos programado volver a Estados Unidos hasta la Navidad.

De repente, vi al camarógrafo bajando por la pista detrás de mí, así que aumenté la velocidad. Normalmente no tenía ningún problema con que me pusieran cámaras en la cara las veinticuatro horas del día, pero hoy me estaba sacando de quicio. Tal vez era porque acabábamos de terminar el programa en vivo hacía un par de días, o quizá por todo lo que había pasado: el incidente que estuvo a punto de costarle la vida a uno de mis mejores amigos y que dejó a otro bajo custodia policial. Tal vez era por no poder ni mear sin que las

cámaras me siguieran hasta el baño, a pesar de que solamente quería algunos ratos de soledad.

Incliné el cuerpo hacia un lado y tomé la curva mientras bajaba, atento a que la tabla de *snowboard* agarrara bien sobre el hielo que se extendía justo al borde del camino de la telesilla. La bajada entera no me llevó más que unos segundos, y no me iba a servir un carajo para prepararme para Nepal, pero era mejor que no hacer nada, sobre todo teniendo en cuenta que afuera hacía treinta y dos grados.

—Casi me había olvidado de lo rápido que eras —dijo Paxton mientras frenaba a mi lado.

—Esta semana practiqué un par de veces. Tenía miedo de estar más oxidado, pero no. —Me encogí de hombros. Hacía cinco días que el barco había atracado en Dubái como parte del programa de Estudios en el Mar, y yo había visitado la pista casi todos los días. Era mi única oportunidad de usar la tabla de *snowboard* desde que habíamos salido de Miami, hacía tres meses, y no pensaba perderla.

—¿Quieres ir de nuevo? —Pax señaló la telesilla con la cabeza cuando el camarógrafo por fin llegó al final de la pista. Menos mal que íbamos a filmar la mayoría de las tomas de Nepal desde el helicóptero y con cámaras GoPro, porque este tipo nunca podría seguirme el ritmo.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Se arremangó el abrigo y miró el reloj.

—Como una hora. Nos alcanza para hacer una pista más. Leah se pone como loca si no estamos a bordo dos horas antes de la salida, así que esta va a ser la última.

—Sí, bueno, eso es lo que pasa cuando te quedas besándote con tu novia en Estambul y se te va el barco.

Se le extendió una sonrisa lenta por el rostro a mi mejor amigo.

—Bien que valió la pena. ¿Qué dices? ¿Una más?

Miré cuesta arriba para observar las distintas pistas que ofrecía Ski Dubái y asentí con la cabeza.

—Ya que estamos, ¿no? No voy a volver a tener esta oportunidad hasta dentro de unas semanas.

Fuimos hasta la pequeña fila de la telesilla para esperar nuestro turno. Éramos dos sapos de otro pozo con nuestro equipo hecho a medida, al lado de los trajes azules y rojos que tenían todos los demás.

Era muy consciente de la cámara que teníamos detrás, pero hice lo mejor que pude para no prestarle atención. Todo este documental —*Aguas internacionales*— era algo que hacíamos por Nick, y pasar nueve meses con una cámara en la cara no era nada en comparación con tener que pasar el resto de la vida en esa silla de ruedas. La película daría a su nombre la misma relevancia que a los nuestros, los Originales, los que habíamos iniciado el grupo de los Renegades, y lo haría conocido por sus impresionantes diseños de rampas y montajes para retos. Así que bienvenidas las cámaras.

—Hola, Nova —dijo una chica desde más adelante con un leve suspiro, dirigiéndose a mí.

—Hola, princesa —respondí con un guiño—. ¿La estás pasando bien? —Repasé su rostro en mi agenda mental, preguntándome si me había acostado alguna vez con ella.

Sentí la fuerza con la que Paxton puso los ojos en blanco a mi lado. Detestaba ese hábito mío... y no tenía ningún problema en expresar su opinión.

—¡Ay, sí! Qué lindo tener un lugarcito con frío y poder abrigarse. Con el calor que hace en todos los lugares por los que estamos pasando, ¿no? —La chica de ojos celestes me batió las pestañas rebosantes de maquillaje.

—Tal cual —dije. *Está en el barco con nosotros.*

—En fin, es un buen clima para acurrucarse —dijo, mordiéndose el labio, y luego se subió a la telesilla que venía antes que la nuestra.

—No empieces —le advertí a Paxton cuando lo vi abrir la boca.

Negó con la cabeza y avanzamos, listos para nuestro turno.

—Me confirmaron el viaje a Nepal —me dijo cuando nos sentamos en la telesilla.

—¿Sí? ¿En serio encontraron la manera de que encajara con los estudios?

Estábamos organizando un viaje de esquí porque queríamos pasar un tiempo en la montaña para prepararnos, pero como los tres últimos meses habíamos estado recorriendo todos los rincones del Mediterráneo y de África, no habíamos tenido muchas oportunidades de disfrutar de la nieve.

Nuestro viaje a Nepal —el único trayecto en el que yo me estaba enfocando para el documental— estaba totalmente ligado al cronograma académico, al igual que todo lo demás este año.

La silla se impulsó hacia delante y comenzamos a subir.

—Es durante la semana de la excursión optativa a la costa. Así que nos perderemos una semana en la India, pero ya nos arreglaremos. En total tenemos diez días y tendremos que escribir ensayos sobre el viaje para compensar las excursiones culturales que nos perderemos.

Le eché una mirada escéptica de reojo.

—¿Y Leah no tuvo ningún problema con esto? Tu mujer es muy obsesiva con lo académico.

Le volvió a aparecer la misma sonrisa enamorada en la cara, y yo me tragué el ataque de envidia que entró en erupción en mi estómago. Pax se merecía la felicidad, el amor, todo el puto cuentito de hadas. Nada más me sentía un poco amargado porque yo no estaba destinado a tener un carajo de todo eso.

Había cagado mi única oportunidad de vivir el amor hacía mucho tiempo.

—Sí, pero después le prometí que haríamos una parada de un día en el Taj Mahal. Además, reservé un vuelo en helicóptero hasta el campamento base del Everest.

—Qué romántico.

—Oye, Leah por lo menos no tiene ni una queja. —Se quedó mirando hacia delante durante un segundo y después inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero, bueno... Si tienes alguna sugerencia para las chicas mientras estemos allí arriba, soy todo oídos. La verdad es que no me imagino a Leah en las pistas.

—Es verdad. Ya vamos a encontrar algo que puedan disfrutar. Penna se va a querer morir por no poder esquiar esta vez.

—Sí —dijo Paxton con voz queda, y nos sumimos en un silencio pensativo.

Sentía el aire frío en el rostro y los alegres sonidos de los esquiadores que había debajo de nosotros resonaban en las paredes de acero del lugar. Solo Dubái era capaz de construir un imponente complejo de esquí dentro de un centro comercial. Penna tendría que estar aquí con nosotros, no escondiéndose del mundo en el barco. Pax tenía razón: en los próximos meses, se marchitaría hasta que le quitaran el yeso.

—Me preocupa. No dice casi ni una puta palabra desde que salió del hospital, y eso es muy inusual.

—Se siente culpable —dijo.

—No debería —respondí sin vacilar—. Su hermana se volvió loca. Yo quiero a Brooke tanto como tú, pero sabes que es verdad. Nada de lo que pasó en los últimos tres meses (los accidentes, el sabotaje, los juegos mentales retorcidos) fue culpa de Penna.

—¿Y cómo vamos a hacer para que ella también lo crea?

—Tenemos que hacer que sepa que es parte de este equipo. Siempre estuvimos los cuatro: tú, yo, Nick y Penna. Es posible que la silla de ruedas de Nick sea permanente, pero la de Penna no. De ninguna manera. En unos meses, ya estará arrasando con todo de nuevo.

—Físicamente, puede ser. Pero se está volviendo oscura, amigo. No sé si lograremos que se mentalice de nuevo para competir, y te apuesto que los X Games no van a ser una opción para ella. Apenas va a llegar a que le quiten el yeso a tiempo, y olvídate de que esté en forma para competir.

Solté el aire despacio, mirando cómo se hacía vapor.

—Sí, bueno, si alguien va a llegar, es Penna. Ya le van a quitar el yeso, y se va a volver a subir a la moto antes de que sus médicos se lo recomienden.

—Así es nuestra Rebel —dijo Pax con una sonrisa, haciendo referencia al apodo de nuestra amiga.

Wilder, Rebel, Nova y Nitro. Los Renegades Originales. Puede que hayamos empezado en el jardín de Paxton y en el parque de *skate* local, pero ahora ya estábamos más grandes, con al menos veinte Renegades en el barco y más que un par de polluelos. No importaba lo mucho que creciéramos: siempre íbamos a ser nosotros cuatro. Después de una década de arriesgar la vida juntos, éramos una familia más cercana que la biológica. Lo dejaría todo por ellos.

Ya lo hiciste.

La telesilla llegó al final, y saltamos a la nieve espectacular que teníamos debajo. Dios, cómo extrañaba sentir los crujidos, fluir, llevar mi cuerpo al límite sin nada más que una tabla bajo los pies. No es que no me encantara andar en patineta, pero hacer *snowboard* siempre iba a ser mi gran amor.

—¿Preparaste el terreno para Gabe y Alex? —pregunté mientras analizábamos las opciones que teníamos delante.

—Sí. Al programa no le gustó mucho aceptarlos esta vez, pero mi palabra tuvo bastante peso en el asunto.

Solté una risotada.

—Y, dado que eres el dueño del barco y todo eso...

—Eso debe de haber ayudado —admitió—. Sé que los necesitas, así que había que hacerlo. De hecho, llegaron en avión esta mañana, así que estarán listos para empezar las clases con nosotros.

—Son los mejores de nuestra generación en el *snowboard* de alta montaña.

—*Tú* eres el mejor de nuestra generación en el *snowboard* de alta montaña —me corrigió.

Me encogí de hombros. Tal vez sí. Tal vez no. Pero sabía que había una diferencia entre ser engreído y tener seguridad en uno mismo, y necesitaba a esos dos conmigo en el Himalaya. Necesitaba su criterio y su experiencia para moderar los míos.

—Ey, bajemos por esta —sugirió Pax cuando nos alcanzaron las cámaras, señalando con la cabeza la pista negra—. Pasa justo por donde está mirando Leah.

—Sí, obvio, vamos a lucirnos frente a tu novia —dije con una risa. Cruzamos hasta donde empezaba la pista negra mientras yo maldecía mentalmente al equipo de filmación. *A ver si nos siguen el ritmo en esta*—. Hablando de Leah, ¿ya llegó su compañera de cuarto? Seguro tenemos que incluirla en lo de Nepal, ¿no? —Había que encajar un montón de piezas en el rompecabezas para lograr que el viaje saliera perfecto, y ahora había que sumar una más.

Paxton se puso tenso a mi lado.

—Sí, está aquí.

—¿Qué pasa? —pregunté, dándole unas palmadas en la espalda—. ¿Su amiga te está limitando el tiempo a solas con la señora?

—No, nada que ver. —Negó con la cabeza.

—Ey, Nova —me llamó la misma voz dulce y femenina mientras se nos acercaba esquiando. Era la rubia—. Tenemos un ratito hasta que salga el barco del puerto. ¿Quieres ir a beber algo al final de la bajada?

¿Quieres que nos revolquemos, así me das una anécdota para contar en casa? Eso era lo que me estaba preguntando en realidad. En general, no me molestaría, pero últimamente ver a Pax y a Leah me estaba afectando de algún modo.

Lo cual era una mierda.

—Creo que estamos bastante justos de tiempo, pero si me buscas allá en el barco, puede ser —propuse con una sonrisa, esperando no haber herido sus sentimientos.

—Voy a estar en la cubierta de la piscina. —Sonrió—. Ah, y me llamo Erin —agregó.

—Un gusto —respondí—. Yo me llamo...

—Nova —respondió por mí mientras la amiga que tenía detrás no paraba de cuchichear.

Landon.

—Claro. —No le interesaba quién era yo en realidad, sino mi figura pública, lo cual estaba bien. *Pero no está bien.* Además, era mejor que cuando una chica pensaba que no sería algo de una sola noche o que sería la que me reavivara el corazón cubierto de hielo.

Ninguna estaba ni cerca.

Ninguna era *ella*.

Empujé ese pensamiento bien al fondo de mi cabeza, tanto como pude, y cerré la puerta de un portazo. En cuanto la abría, me volvía inútil, apenas lograba funcionar, y por lo pronto no iba a volver a ese lugar.

—Bueno, nos vemos a bordo —dijo Erin, mirándome de arriba

abajo de una manera bastante obvia antes de volver a la pista más fácil con su amiga.

—No te vi muy interesado —dijo Pax mientras se ponía las gafas de nieve.

Hice lo mismo que él, y el mundo adoptó el matiz más definido que le daban mis lentes especializados.

—Eso es porque no lo estoy.

—Ah. —Asintió lentamente con la cabeza, como si lo entendiera. No entendía una mierda.

—¿Algo que decir? —pregunté, revisando rápido nuestros alrededores para cerciorarme de que no estuviéramos al alcance de los micrófonos del equipo de filmación.

—¿Tal vez ya estás listo para dejar de coger con cualquiera?

—Para nada —ladré.

—Era linda —dijo, encogiéndose de hombros.

Pelo rubio. Ojos celestes. Sí, era un ocho.

El problema era que yo quería un once y solo conocía a una persona así en todo el mundo, carajo. Tenía el pelo más negro que la noche, un cuerpo firme y tonificado que encajaba a la perfección con el mío, y unos ojos almendrados del color del chocolate que me hacían olvidar mi nombre, pero nunca el suyo.

—Sí, bueno, yo quiero otra cosa. —*Que suelte el tema ya.*

—Está bien —dijo, asintiendo con la cabeza.

—¿Y eso qué significa?

—Dije «está bien».

—Pero quisiste decir otra cosa.

—Basta de interpretar cualquier mierda. Si no quieres estar con esa chica, me importa un carajo. Me gustaría que dejaras de automedicarte, porque te está consumiendo. Pero eso no es asunto mío, ¿no?

—Vamos y ya —dije con la mandíbula tensa.

—Eres insoportable —dijo, y a continuación salió disparado colina abajo.

Respiré hondo y traté de calmar la mente, pero, una vez que ella aparecía, no había vuelta atrás.

Intenté pensar en la rubia, llenar mi cabeza con su rostro y su propuesta, y así poder usar su cuerpo para llenar el hueco de mi alma durante al menos una hora, pero no pude.

Se me nublaba la mente con su rostro, sus ojos, su boca tan insolente. Ella me habría lanzado un beso y habría bajado la colina con Pax. Me habría seguido el ritmo, un movimiento tras otro, empujándome a ir más lejos, más rápido.

Dos años y medio, y todavía sentía que se me desmoronaba el pecho cada vez que pensaba en ella.

Rachel. Dejé que su nombre me recorriera todo el cuerpo, le permití entrar por un momento nada más. *Solo por esta bajada*, me prometí a mí mismo mientras me lanzaba por la pista. Si me permitía recordarla durante esos treinta segundos, podría olvidarla cuando llegáramos a la base.

Me dejé llevar por la pendiente y me pregunté dónde estaría, qué estaría haciendo. ¿Todavía me odiaría? Ojalá. Me lo merecía.

Dios sabía que yo me odiaba tanto a mí mismo que valía por los dos.

El problema del amor es que, una vez que se acaba, no hay manera de llenar ese vacío ni de recuperar esa euforia. Perder el amor venía acompañado de síntomas de abstinencia para los que no había alivio conocido.

O, al menos, ninguno que yo hubiera encontrado.

Me agaché sobre la tabla, ganando velocidad.

Por lo menos, el sexo calmaba el dolor de forma momentánea, pero

tal vez... Mierda, tal vez Paxton tenía razón. No estaba ni un paso más cerca de superarla que el día que la dejé como un estúpido.

Tal vez ya era hora de que me pusiera los pantalones y me hiciera cargo de las cartas de mierda que me había repartido a mí mismo.

Justo delante de mí, Paxton saludó con la mano hacia el vidrio, y yo levanté la vista para hacer lo mismo mientras me acercaba a donde estaba Leah. Saludó primero a él y después a mí, pero entonces llegó alguien y se puso a su lado.

Ah, mierda. No puede ser.

El pelo le rozaba los delicados hombros con unos mechones violetas que se veían claramente desde aquí abajo. Mi cabeza giró por sí sola, tratando de mantenerla en mi campo visual mientras seguía avanzando.

Ese rostro de hada, esas mejillas marcadas, esa nariz respingada, esos labios de curvas perfectas... Los reconocería en cualquier lado.

Apoyó las manos contra el vidrio...

¡Zas! Se me sacudieron las piernas un milisegundo antes de chocarme con la pared. Reboté hacia atrás y me caí de culo.

—¡Cuidado! —gritó alguien en mi idioma justo antes de golpearme con el bastón.

Había ido a parar en medio del recorrido del telesquí, el único del parque que subía a la gente por la pendiente con una cuerda y un pomo.

Me impulsé hacia atrás para apartarme del camino y miré hacia donde estaba Leah junto a la ventana. Sola.

—¿Estás bien? —gesticuló, con los ojos redondos de preocupación.

Mierda, ¿ahora tenía alucinaciones? ¿Había dejado que me dominaran mis recuerdos durante unos segundos y ya empezaba a verla?

Le respondí a Leah asintiendo con la cabeza y me levanté. ¿Estaba tan ido que mi cerebro estaba viendo lo que quería?

—¿Estás bien? —preguntó una chica mientras me pasaba por al lado, deslizándose los esquís a treinta centímetros de mi tabla.

—Sí, gracias —dije, inclinando la cabeza. *Vieron bien, señoritas: tengo cuatro medallas de los X Games, tres de las cuales son por hacer snowboard, y aun así me choqué contra una puta pared.*

Contrólate. Bajé por la pendiente y me encontré con Pax al final de la pista.

—¿Te desviaste? —preguntó.

—Sí, más o menos —contesté, consciente de que no me había visto quedar como un imbécil total. Aunque, sin duda, lo vería después, cuando el video llegara a manos de Bobby, el director del documental.

Pax no me lo cuestionó, sino que se limitó a mirarme con una expresión de «qué carajo».

—Ya hay que volver. ¿Todo bien? Te veo un poco pálido.

—Estoy bien —dije.

Esas fueron las únicas palabras que pronuncié mientras nos quitábamos el equipo.

—Landon, ¿estás bien? —preguntó Leah, acercándose a toda velocidad mientras salíamos caminando del aire helado y nos adentrábamos en el calor seco del desierto.

—¿Qué pasó? —preguntó Pax, rodeándola con el brazo.

—Nada. Estoy bien —contesté, sonriéndole a Leah. Por lo menos, creo que le sonreí. No estaba seguro, dado que me sentía entumecido casi en todos lados.

Ese entumecimiento no se me pasó mientras nos llevaban en auto hasta el puerto donde estaba nuestro barco. No se me fue mientras Pax me contaba cómo estaban ahora nuestras métricas desde que él había logrado el primer triple *frontflip* de la historia en una moto de *motocross* hacía unos días, durante nuestra demostración en vivo. Nuestros

suscriptores de YouTube habían crecido muchísimo, al igual que los de Instagram y Snapchat, y las visualizaciones de nuestros videos estaban por las nubes.

No se me fue cuando me revisaron el documento al subir a bordo del enorme crucero que era nuestro hogar desde agosto. Lo único que podía ver al entrar en nuestra suite de tres habitaciones, al fondo del barco, era la imagen que mi cerebro no dejaba de repetirme: la mujer que había visto durante un segundo junto a Leah.

—¡Landon! —gritó Pax, abriéndose paso entre la niebla de mi mente. Giré la cabeza hacia él dando un respingo.

—¿Qué? Mierda, no hace falta que grites.

—No parece, porque primero dije tu nombre como tres veces.

—Dije que estoy bien.

—Bueno, pero te pregunté si querías ir a la piscina —dijo, entornando los ojos.

—Necesito ir a entrenar —repliqué después de parpadear un par de veces.

—Acabas de hacer *snowboard*. Falta un día al gimnasio y ven a pasar el rato. Ya sé que te estás preparando para Nepal, pero un día no te va a matar.

Tenía razón. Podía faltar un día. Además, estaba tan distraído que corría el riesgo de salir volando de la cinta de correr o de hacer alguna otra estupidez similar a chocarme con una pared.

—Bueno. Piscina. La piscina es buena.

—Ey, tal vez te encuentres con esa conejita de la nieve —se burló mientras subía las escaleras hacia su habitación.

—Nada de conejitas de la nieve —me dije en voz baja mientras entraba a mi habitación. En esta situación, no me iba a ayudar estar con otra chica más: no ahora que solamente podía pensar en *ella*. Ya

había pasado por esto; lo único que necesitaba era despejar la cabeza. Me quité la ropa y me puse el traje de baño antes de encontrarme con Pax en la sala de estar. Bobby estaba con el equipo de filmación en una reunión en la mesa del comedor. Si nos apresurábamos, podríamos pasar un rato sin que nos grabaran.

—En serio, estás raro —dijo Pax mientras íbamos en el elevador a la cubierta de la piscina—. Leah dijo que te habías chocado con una pared cuando estábamos andando. ¿No deberíamos llevarte a que te revisen la cabeza? Ella ya subió a la piscina para reservarnos unos camastros, pero podemos encontrarnos más tarde.

—Estoy bien —repetí.

—Eso dices.

La música sonaba a todo volumen en la cubierta de la piscina cuando salimos al calor de más de treinta grados. El sol me daba de lleno en la piel, pero no servía de nada para disipar el entumecimiento que no lograba quitarme de encima.

Tal vez Pax tenía razón y me había golpeado la cabeza.

El lugar estaba abarrotado y la música sonaba muy fuerte, como siempre cuando salíamos del puerto. Pax desapareció para buscar a Leah. Observé a la multitud que se movía al ritmo de la música y deseé poder sentir un poquito de su entusiasmo.

Había terminado el primer trimestre, quedaban dos más por delante y nos dirigíamos al océano Índico. Era todo bastante abrumador si me ponía a pensarlo de verdad. Aunque, en realidad, justamente por ponerme a pensar era que había terminado en esta situación.

—¡Ahí estás! —La rubia de la pista vino rebotando hacia mí, con las tetas asomándose por detrás del sujetador de triángulo.

—Hola —dije, forzando una sonrisa, cuando me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Quieres ir a tomar algo conmigo?

La verdad, no.

—En realidad, estaba pensando en ir a...

—Ay, vamos. ¡La barra está ahí nomás! —dijo mientras nos daba vuelta.

Una sensación helada me golpeó de lleno en el pecho y bajó deslizando por mis abdominales hasta llegar a mi traje de baño mientras daba una bocanada brusca de aire. Mierda que estaba frío.

—¡Ay, perdón!

La voz *de ella* me golpeó con toda la fuerza de un huracán y, cuando levantó la vista, se me fue todo el aliento que había conseguido tomar.

Se le pusieron los ojos redondos, y el pánico atravesó ese rostro hermoso y tan familiar.

—Ay, Dios —susurró.

Los mechones violetas de su pelo descansaban sobre la suave línea de su mentón, y tenía los labios separados, con una expresión de sorpresa que seguramente era un reflejo de la mía.

Todo mi mundo se redujo a la mujer que estaba delante de mí. Hasta el latido de mi corazón se detuvo para venerar el momento. ¿Cómo era posible que estuviera allí? Después de tanto tiempo, estaba tan cerca que podía tocarla, pero lo único que fui capaz de hacer fue mirarla fijamente, como si pestañear fuera a hacer que desapareciera.

Sentí cómo se estrellaban mil emociones en todo mi cuerpo, emociones tan rápidas que me dejaron aturdido, tan intensas que me punzaron como mil millones de agujas sin darme estabilidad. Sentí una alegría y un asombro absolutos por volver a verla después de tanto tiempo, un miedo a que me lanzara a la cara lo que le quedaba de esas margaritas que ahora descendían por mi cuerpo y una necesidad imperiosa de besarla, de rogarle que me perdonara por haber sido un

idiota inmaduro y que se olvidara de estos dos años que habíamos pasado separados.

Pero la sensación más fuerte era la de un alivio total y completo por poder respirar de nuevo y sentir que se me pasaba el entumecimiento que había experimentado desde que estaba en la pista, como si, de pronto, con un cosquilleo, me hubiera vuelto la sangre a los capilares hambrientos.

Todo se reducía a una palabra.

—¿Rachel?